

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

FILMANDO CON LAS HELICES

El tiempo pasa, sí, pero no pasa igual para nosotros occidentales que para estos hombres que parecen estar aún bajo el efluvo de la estrella de los Reyes Magos, abarcados por el Calendario de César, y no por este Gregoriano que a nosotros nos marca días y años, por el Calendario de César o por el que guía sus pasos a la luz de las lunaciones. Pero no, no es sólo a esta diferencia calendárica a la que hacemos alusión, al hablar del desencuentro cronológico.

Hay otro desencuentro. En todas partes, al hoy sigue el mañana, e indudablemente es así para estas personas que viven su vida normalmente, al derecho, pero nosotros vivimos al revés: mientras visitamos la India, ni un solo día ha seguido para nosotros el mañana al hoy, sino el ayer. ¿Verdad que es terrible? Aparentemente, no, pero a la larga engendra un sufrimiento corporal indefinible. Es terrible decir a cada momento, frente a cada monumento: ayer. Es terrible no tener ya en los labios la palabra «mañana». El turista consciente sabe de esta angustia. Andar convertido en un hombre que, aunque normalmente avanza de hoy a mañana, ahora avanza de hoy a ayer. Todo este largo y fatigoso viaje lo hace para volver al ayer, para ir regresando de su presente al pasado, a lo que fue, a lo que ya no es sino leyenda, transcripción, versículo del Corán, columna en donde Buda predicó su infinita misericordia por primera vez, monasterio que las llamas y los bárbaros arrasaron, estancias de favoritas de las que queda un olor a cal seca y a silencio de vacío de mundo memorable, almenas y minaretes, pasamanos y galerías, sin entrar a los museos, que son el ayer más ayer de todos los ayeres, el ayer catalogado por entendidos sin mañana, invertidos en el sentido de vueltos hacia atrás.

EL DESENCUENTRO CRONOLÓGICO

Hay, por fin, una fatiga de los museos. ¿Por fin, qué? Que por fin hay quien lo diga. No sólo eso, sino que al último, por fin, nos fatigamos de visitar colecciones de objetos desenterrados, de cáscaras de barro cocido por la primera vez por el hombre hace miles de años. Es demasiado volver atrás, andarse por mil o dos mil años antes de Cristo, cuando se quedan cortos, porque hay muchos recuerdos de los tiempos quemados por el fuego, cuando el esteroide no se había enfriado. ¡No más museos! ¡Sí, no más museos! Pero entonces qué, en un país que para el turista es todo museo.

Sacamos de nosotros al turista y evitamos el desencuentro. Queremos vivir, se lo decimos así a los hindúes que nos acompañan, normalmente, como ellos, como todo el mundo, queremos que a nuestro hoy siga el mañana, que esta palabra sagrada vuelva a nuestros labios, que no nos sintamos cuervos de alas cubiertas de historia y nebulosa, murciélagos colgados de las fechas, telarañas gordas de polvo antiguo.

El poeta hindú de las barbas abundantes y abundante melena, cuya túnica prolonga en sombra viva su hermosa estatua, nos ha tomado de las manos y nos ha besado la mejilla. Sus ojos hondos nos dijeron todo lo que sentía su corazón. El regocijo de encontrarse con el visitante que sabe que su gran pueblo tiene un mañana, un después, un más allá, que no está limitado del hoy al ayer, reducido a museos para turistas y conocedores. Efectivamente el engranaje se había restablecido. El engranaje con ellos que viven su vida normal y nosotros que vivíamos al revés. Su ojos testimoniaban agradecimiento profundo. El pasado cuenta, pero cuenta más el mañana. Si hay tanto por hacer, ¿cómo realizarlo pensando en el pretérito, y no en el devenir, y cómo acompañarlos en su empresa, sino preguntándoles por sus programas a realizar en el futuro?

Aquí llegan todos buscando el pasado y no el futuro, como si ya no tuvieramos porvenir. Eso me decían sus ojos de poeta que entonaría loas en un idioma fastuoso para celebrar el reencontro con su realidad y mi realidad, la paridad cronológica. Y me invitó para ver levantarse el sol, en un sitio en que no había ruinas, ni monumentos, ni nada que recordara el ayer. Campo raso, campo abierto, ligeras colinas, un río, un puente, unos carromatos, unos campesinos, unos chiquillos corriendo, y unas mujeres... todos en sus ocupaciones, como allá, como en todas partes, sin la abultada jiba de la historia que queda a la espalda y que ya no sirve para nada.

Otro es el mundo del presente y el mañana en que viven estas gentes. Sus laboratorios van siendo cada vez mejor equipados. Sus sabios trabajan a conciencia y están al día con todos los adelantos modernos. Otro tanto pasa en las nuevas fábricas. Otro tanto se intenta en los cultivos agrícolas, en el transporte, en la enseñanza. La falta de grandes fábricas eléctricas, les permitirá, sin sacrificio, pasar directamente del estado actual a la fábrica que produzca energía atómica. El salto no implicará el tener que vencer grandes intereses, como pasa en Occidente, para la adopción de la energía del átomo con fines pacíficos. Los problemas energéticos serán resueltos así, sencillamente, por imposición de las necesidades que irán en crescendo en un pueblo que necesita industrializarse y que se está industrializando. ¡Ayer... ayer..., no, señores, mañana, mañana! Y un pueblo al que se le dice mañana, sonríe, como ahora sonríen estos amigos, y el poeta, con quienes hablamos del futuro de la India.

Miguel Angel ASTURIAS

COMO UN SAFARI CULTURAL

EN realidad, se está perdiendo el sentido originario y auténtico de la palabra «turista». Hoy, aquí y en muchas otras partes, se tiende a confundir al «turista» con el «veraneante», que son dos especies sociales no sólo distintas sino no incluso antagónicas. No olvidemos las etimologías. Lo del «veraneo» salta a la vista. «Turismo» es un anglicismo que, a su vez, nos remite al francés «tour»: vuelta, paseo, excursión. O sea: viaje. La diferencia no necesita comentario. El «veraneante» se desplaza para instalarse en un sitio determinado y no moverse de él: su propósito es descansar, tomar el sol, chapuzarse en el mar, tumbarse bajo un pino, practicar la pesca y echar alguna cana al aire en el «tablao», la «whiskeria» o la «boite» de la circunscripción. Por muy remota que sea su procedencia, por muchos miles de kilómetros que haya hecho al volante o en avión, por más exóticos que resulten su lenguaje y su pinta, coincide con la familia mesocrática indígena que pasa unas semanas en el campo o en la playa. Entre el antiguo «tren botijo» y el reactor o la «roulotte» hay una tremenda afinidad: no se trata de un «viaje», sino de un mero «transporte», y valga el matiz. Que es mucho más que un matiz. Porque, precisamente, el «turista» sólo se propone «viajar».

Esto es lo fundamental. Mientras para el «veraneante» el «viaje» se reduce a un trámite, y lo que le interesa es alcanzar el sitio del reposo, la higiene y la diversión, para el «turista» lo que cuenta es ir de un lado a otro, en itinerarios que ofrezcan tal o cual atractivo, y con paradas cortas. Y ya se comprende: el «turista» no viaja por fuerza. Siempre hubo gente que se vio obligada a correr caminos por razones de negocio, de fuga, de apostolado, de busca o de oficio, y sería un sarcasmo incluirlos en la plantilla. El «turismo» fue en sus principios, y sigue siéndolo ahora, una oportunidad de personas acomodadas o bohemias—digamos «bohemias», y que se me dispense lo arcaico del término—, cuyo rasgo común quizá fuese el de ser «curlo-

so» respecto de algo: de paisajes, de ruinas, de museos, de poblaciones insólitas. Los primeros «turistas», al volver a casa, solían escribir un libro. Eran los tiempos heroicos de la maniobra. Unos cuantos individuos del XVIII, tal vez alguno anterior, y bastantes del XIX, constituyeron ese ambiguo género literario que son los «libros de viajes». Todavía hay quien lo practica. A lomos de una mula, en diligencia o en «sleeping-car», los trayectos obedecían a un mismo designio: «ver».

El «veraneante» piensa en otras cosas: en la afabilidad balnearia, por ejemplo. Si, de paso, «ve» un castillo o una catedral, un tricorno o un pescador, una sardana o una guitarra, un canónigo o una tartana, no desdeña el espectáculo: saca una foto, y en paz. Su objetivo es bañarse, hacer la siesta, pasarlo bien, no moverse demasiado. Lo demás es secundario. El «turista», en cambio, sólo aspira a «ver». En el pasado, la aventura comportaba sus molestias. Porque «lo pintoresco» y «lo histórico» raramente iban del brazo con las facilidades de aposento o de mesa. En la Europa del siglo XVIII, y hasta más tarde, circuló el axioma de que, en los mesones españoles, sólo se hallaba lo que uno llevaba consigo. Dejemos a un lado la exageración. Pero no era un prejuicio. Los viajeros de entonces se adelantaban por la península Ibérica con un espíritu comparable al que aún ahora exigen los safaris de verdad. Y, ya que en ello estamos, no me privaré de insinuar una definición, que al menos tendrá la ventaja de ser expresiva: el «turismo» es como un safari cultural. Se va a cazar visiones en terreno abrupto y lleno de riesgos. Advirtámoslo: ir a París, pongo por caso, o a Londres, ya no sería «turismo»: es, de hecho, una visita «ad limina» del provinciano a la Urbe. Los barrios bajos o el Louvre son otro asunto.

De todos modos, el planteamiento está variando a la carrera, y el «turismo» se diluye. A medida que las comunicaciones se han agilizado, y proliferan los hoteles y las sucursales de ban-

co, los «viajes» disminuyen en peligro y en engorros. Podría suponerse que la consecuencia ha de ser favorable al «turismo». Pues no. Más bien todo lo contrario. Al «civilizarse» las zonas rupestres y románticas, se evapora su encanto: con unas pocas autopistas de por medio, unos aeropuertos, unos repetidores de televisión, «lo pintoresco» desaparece de la noche a la mañana, y el visitante encuentra en el punto de destino un «mundo» considerablemente parecido al suyo. La multitud viste igual, tiene los mismos gustos, bebe botellines de marca internacional, tantea el poliglótismo, procura beneficiarse de idénticos electrodomésticos, gasta una moral similar. Hace cincuenta años, Joan Crexells ya escribió un lúcido papel acerca de ello, y entonces la perspectiva todavía era vaga. Cada día queda menos «pintoresco» para uso de «turistas» en los cinco continentes. Y los monumentos desmoronables acostumbran a tener taquillas, si no disfrutan además de «son et lumière», y los parajes agrestes se incluyen en circuitos estudiados. Safari, sí: pero algo así como un safari en el zoo.

Lo cual, en última instancia, es estupendo. Para los que vivimos en áreas que, en vez de enviar «turistas», los recibimos. Significa que vamos dejando de ser «pintorescos» e «históricos», y empezamos a situarnos en un mínimo de normalidad. Aquí, sin ir más lejos. Nunca faltan fósiles en medio de la calle, y abundan en las covachuelas y en otros edificios conspicuos; pero el vecindario tiende a arreglárselas con discreta buena voluntad. «Spain is different», decía el eslogan en boga años atrás: era una invitación al safari, al menos fotográfico, con leones, tam-tams, taparrabos, aros en la nariz, selva y colonos hospitalarios. No hay duda de que al sur de los Pirineos somos «diferentes»—y lo somos paradójicamente en una acepción que no hacía ningún honor a los autores de la frasecita—, pero no tanto. Y la «diferencia» se atenuará, con el tiempo. El «turista», cuando aterriza en estas latitudes, no se encuen-

tra con demasiados Caballeros de la Mano en el Pecho, con muchas Cármenes, con grandes cantidades de payeses de barretina y empuñando el porrón, ni con todo lo demás. Las chicas tratan de airear sus muslos, los muchachos se dejan crecer el pelo y el mañoismo, los adultos procuran ir a lo suyo y se espabilan, y hasta las señoras gordas hacen un esfuerzo para combatir su fatalidad celtibérica... Como en el Midi, o en Escocia, o en Baviera, o en la Toscana. Con un obvio retraso, sin duda, pero por el estilo.

Y lo mismo en todas partes: se pretende eludir el «turismo» pasivo. Mal señal es si en algún rincón—quedan muchos—, subsisten reductos «pintorescos» o «históricos». Mal señal para quienes los habitan. Hay que temer por ellos: por su miseria, por su marginación, por su condena a vivir en un eterno paleolítico o poco menos. Son las «reservas»: materia de safari humano. Llega el «europao» o el «yanqui», y «ve». Ellos están allí para «ser vistos»... Recuerdo que, un día, estuve charlando con un distinguido filósofo español que volvía de la India. Me dejó estupefacto observar que aquel buen señor se lamentaba de que los hindúes «promocionados» abandonasen la túnica de tejido doméstico como vestimenta y adoptasen el pantalón de tubo y la camisa occidental. «¡Pierde tanto carácter el país!», decía. Ignoro si, en cuanto a indumentaria, es más «razonable» involucrarse en una sábana o llevar pantalones vaqueros. No es éste el problema. Ni era el problema que admitía el filósofo. Para él, lo importante era que la India no perdiese «carácter». Un marajá sin turbante ni perifoneos apenas se distinguía de un presidente de consejo de administración, y un Intocable enfundado en ropa europea parecería un obrero de la Renault (más delgado, claro...) El «turista» quedaría defraudado... Y eso se acaba.

Joan FUSTER

MATERIAS DE TURISMO

Vacaciones 71

VERANEOS de 8 o 15 días en AVION especial, todo incluido

CANARIAS	desde	7.100
MALLORCA	»	2.975
IBIZA	»	3.675
MENORCA	»	2.650
GALICIA	»	6.825
RIMINI	»	5.500
Rimini - Circuito italiano	»	12.700
CRUCERO semanal	»	8.650

Solicite nuestro folleto ilustrado

Consulte a: SU AGENCIA DE VIAJES

CONEJOS CONEJARES MASALLES
TALLER: RIPOLLET
GRANJA: HORTA
VENTAS: PLAZA TETUAN, 15
TEL. 2262568-BARCELONA

Modelos para ANCIANO, ADULTO Y NIÑO Plegables, extensibles y fijas



Motociclos, aparatos mecánicos para Minusválidos, mandos especiales para toda clase de automóviles.
BASTONES GRADUALES
LIFANTE Sicilia, 113-Barcelona-13

raymond trafalgar, 36
EL SUPERMERCADO DEL VESTIR (Parada autobuses)

PRECIOS LOCOS, LOCOS, LOCOS...
¡¡REMATE TOTAL!!
MILES DE PRENDAS A PRECIOS INCREIBLES

SUCURSALES:
Avda. Miraflores, 87 (La Florida) HOSPITALET
Almendros, 3 (San Ildefonso) CORNELLA

¡¡HERNIADOS!!
«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. (Junto Plaza Calvo Sotelo). BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. 1322.) Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7.